

## CAPÍTULO II

Las cuatro épocas ó soles. — El Atonatiuh ó sol de agua. — Fábula de los gigantes. — Su muerte. — Desaparición de los grandes paquidermos. — El Ehecatonatiuh ó sol de aire. — Recuerdos de la época glacial. — Edad de las cavernas. — El Tletonatiuh ó sol de fuego. — Las erupciones. — Recuerdos de otros pueblos. — Tradiciones bíblicas. — Tlatonatiuh ó sol de tierra. — Su época probable. — Verdadera cronología de los soles. — Edad de la raza nahoas. — Referencia de los cuatro signos cronográficos á los cuatro soles. — Los cuatro vientos. — Los cuatro elementos. — Variación del orden de los soles. — El monolito de Tenanco. — La figura central de la piedra del Sol. — El quinto sol.

Contaban los nahoas cuatro épocas ó edades desde su existencia como raza, ó sea desde su establecimiento en nuestro continente. Según sus tradiciones, en cada una de ellas había perecido la humanidad salvándose solamente una pareja, que en cada caso había servido para perpetuar la raza. Al fin del cuarto sol la destrucción no había sido tan grande como en las tres primeras. Si recurriéramos á los cronistas para explicar las cuatro épocas ó soles, nos encontraríamos con una gran diferencia en todos ellos, no solamente sobre su número y orden, sino principalmente en lo que á la cronología se refiere. El mismo Humboldt, que fué el primero que dió á conocer los jeroglíficos relativos del código Vaticano, confundió su sucesión. Nosotros nos valdremos de esas pinturas como la fuente más auténtica para explicar los cataclismos que sufrió la raza humana y de los cuales conservaban perfecto recuerdo los nahoas.

Representa la primera pintura el *Atonatiuh* ó sol de agua: es la primera catástrofe; la destrucción de la especie humana por las aguas que inundaron la tierra habitada. La escena, digámoslo así, está pasando dentro de un gran símbolo del agua, terminado en diversas direcciones en puntas con gotas. En el original este fondo es azul como el Océano.

De la parte superior de la pintura baja la diosa del agua, *Chalchiuhtlicue* ó *Chalchicueye*, la de las enaguas azules, la de la cauda azul, como con inspiración poética la llamaban los nahoas. Al mirar un extenso lago ó la mar tranquila, se comprende la belleza de la figura con que la teogonía nahoas decía á la diosa del agua, *la de la falda azul*. Adorna la cabeza de la diosa el símbolo *ácatl*, caña, que le forma pintoresco y elegante tocado. Nada más natural que el que adornasen los aztecas á la diosa del agua con la caña que en tupidos grupos crece

en las lagunas de nuestro Valle, los cuales cimbrados por el viento al caer la tarde, forman no sabemos qué misterioso concierto que remeda el gemido de nuestros bosques de ahuehuetes y el arrullo de las tórtolas del Anáhuac. El adorno de la espalda semeja en las dos fajas que caen y que se ven sembradas de puntos, el símbolo del *milli*, campo ó *milpa*; y en la parte superior parece que brota una mazorca de maíz. Simbolismo también muy propio, pues que el agua, fecundizando los campos, hace nacer en ellos los frutos bendecidos. Por oposición la diosa tiene en las manos un estandarte compuesto de los símbolos de la lluvia, los rayos y los relámpagos, ya para significar esta frase del agua, opuesta á la que acabamos de describir, ya para darnos á entender que el cataclismo que la pintura representa tuvo por origen el agua. El color de sus enaguas, *cuéyettl*, y de las sandalias, *cactli*, así como el collar de hojas y flores que la adornan, simbolizan también los benéficos efectos de la diosa.

Inmediatamente debajo de ella se ve á un hombre y una mujer desnudos en la actitud de estarse hablando, los cuales se salvan de la inundación en el tronco hueco de un *ahuehuettl*, que conserva todavía sus verdes ramas y que sobrenada en medio de las caudalosas aguas que lo rodean.

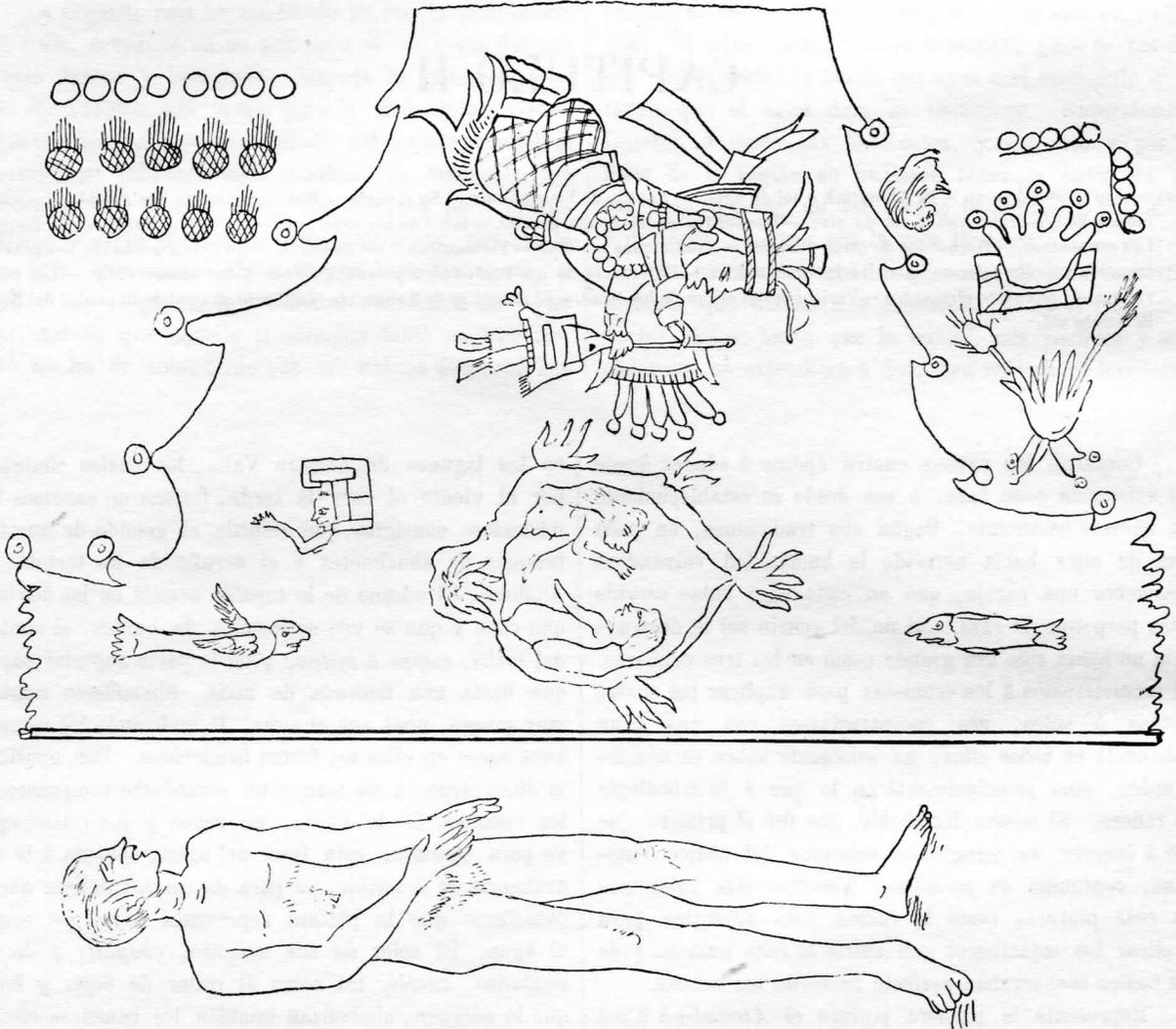
A derecha é izquierda de este grupo está la imagen de un pescado, significando que todo lo cubrió el agua, y que solamente los peces quedaron viviendo en la tierra en un océano convertida. Y para dar mayor fuerza á esta idea, sobre el pescado de la izquierda se ve el símbolo casa, *calli*, del cual sale la cabeza de un hombre y un brazo extendido, como en actitud de nadar, para representarnos que los hombres se ahogaron, que las casas y ciudades fueron cubiertas por el agua y

que solamente se salvó el par que en empenada conversación se ve en el ahuehuate.

No puede pintarse de una manera más concisa, pero más enérgica y expresiva, la catástrofe del *Atonatiuh*: podemos decir sin exageraciones que los más hermosos cuadros, la misma pintura de Poussin, inmortal en los

fastos del arte, no nos dan una idea tan completa de aquel espantoso suceso como este sencillo jeroglífico de nuestros antiguos indios.

Al fin de la pintura y fuera del cuadro simbólico del agua está un hombre muerto de un tamaño proporcionalmente colosal.



Sol de agua. — Atonatiuh

Naturalmente sobre este hecho, consignado en los viejos jeroglíficos, é inspirados en la misma pintura, formáronse relatos de leyendas que varían según los cronistas que nos los conservaron. Llámase á esta edad *Conizutal* ó cabeza blanca, para significar que es la más antigua. Cuéntase que los hombres quedaron convertidos en *Tlacamichin*, personas pescados; que los naufragos fueron adorados por dioses, y que uno de ellos fué *Quetzalcoatl*. Otros dicen que no se salvó únicamente un par en un ahuehuate, sino que escaparon siete en unas cuevas. Refiere alguna crónica que llovió tanta agua y en tanta abundancia, que se cayeron los cielos y las aguas se llevaron á todos los indios maceguals, y de ellos se hicieron todos los géneros de pescado que

hay. Los historiadores que tratan de encontrar en nuestras antigüedades conformidad con el relato bíblico, dicen que éste fué el diluvio, y agregan de su cosecha algunas tradiciones conformes con la de Noé, como que la destrucción se verificó por rayos y aguaceros, que las aguas subieron quince codos sobre los más altos montes, que se salvaron unos pocos en un *toplipetlacalli* ó arca cerrada, y de ellos se multiplicó la especie, y que para escapar á otro diluvio, *Xelhua* construyó una torre altísima, que es la pirámide de *Cholóllan*, y durante su construcción sobrevino la confusión de lenguas y la dispersión.

Si examinamos la pintura, único dato auténtico que de los mismos indios tenemos, se verá desde luego

que no hay tal arca cerrada, ni torre de Babel, ni confusión de lenguas. Ni representa siquiera una catástrofe en que cayeran los cielos convertidos en lluvias abundantes: entonces el dios que preside el cataclismo habría sido *Tlaloc*, dios de las tempestades, y no *Chalchiuhtlicue*, diosa de las corrientes de agua. La pintura no representa el diluvio, sino una desgracia acaecida particularmente á la raza nahoá: es una invasión del agua que hunde las tierras, y con ellas ciudades, casas y habitantes; es, en nuestro concepto, el recuerdo indeleble de la desaparición de la Atlántida. Y creemos que es confirmación, el hombre muerto que al pié se ve, y que expresa la muerte de los gigantes y la destrucción de la primera raza.

En todos los pueblos primitivos encontramos fábulas de gigantes: no podían faltar, pues, á nuestros antiguos indios. De ellos estuvo poblado nuestro territorio, según creían y acreditaban con los grandes huesos de paquidermos que encontraban fósiles; pero estos gigantes, llamados *quinamétzin* ó *hueytlacame*, perecieron en el *Atonatiuh*, y esto representa el pié de la pintura. Escaparon, sin embargo, algunos, que daban muchas molestias á las tribus que después llegaron, obligándolas á que les tributaran grandes comidas; por lo que dichas tribus se reunieron en consulta y acordaron acabar con ellos; para lo cual les dieron un banquete en que los embriagaron con pulque, matando á todos cuando en ese estado se encontraron. El héroe de esta aventura es también *Xelhua*, el constructor de la pirámide de *Cholollan*, el jefe de los ulmecas, que ya hemos mencionado.

En la historia geológica de nuestro territorio tiene la muerte de los gigantes significación distinta de la que la fábula le atribuye. Los grandes yacimientos de huesos fósiles, que en muchísimos lugares se encuentran, acreditan que hubo un tiempo en que abundaron aquí los cuadrúpedos conocidos en el Viejo Mundo y entre ellos los grandes paquidermos. Cuando llegaron los españoles, los indios ni siquiera conservaban recuerdo, ya no solamente de los elefantes, ni aun de las vacas, caballos y demás cuadrúpedos domésticos; pues únicamente conocían un perro especial, *itzcuintli*, que no ladraba ni tenía pelo. Pues bien, los nahoas habían colocado la destrucción de esos cuadrúpedos, y especialmente la de los gigantes *quinamétzin*, en la catástrofe del *Atonatiuh*. Nada más lógico que el que los mares inundando las tierras los hubieran hecho perecer; y no ha faltado sabio que haya hecho la profunda observación de que la separación de los continentes dejó el nuestro tan angosto que no correspondía ya á las necesidades vitales de los grandes paquidermos, que por esta circunstancia perecieron. Esto concuerda con nuestra pintura: el *Atonatiuh* es el hundimiento de la Atlántida y en él perecen los gigantes *quinamétzin*.

Volviendo á nuestra pintura, agregaremos que, fuera

de lo que puede llamarse el cuadro de la catástrofe, hay á la izquierda varios signos numéricos y á la derecha signos numéricos y diferentes símbolos. Los números de la izquierda dan en opinión general, y con ella la de Humboldt, 4008 años desde la época en que los nahoas ponían la creación de la humanidad hasta este primer cataclismo ó sol de agua. Los signos de la derecha, teniendo como tenemos ya el año del suceso en los de la izquierda, nos dan el día en los puntos numéricos y el símbolo del agua que rodean, el cual es el *matlactli atl*, y el mes *Atemoztli* en la figura inferior. Nos queda á la izquierda de los numerales un símbolo que parece una atadura de hierbas y que representa el solsticio de invierno.

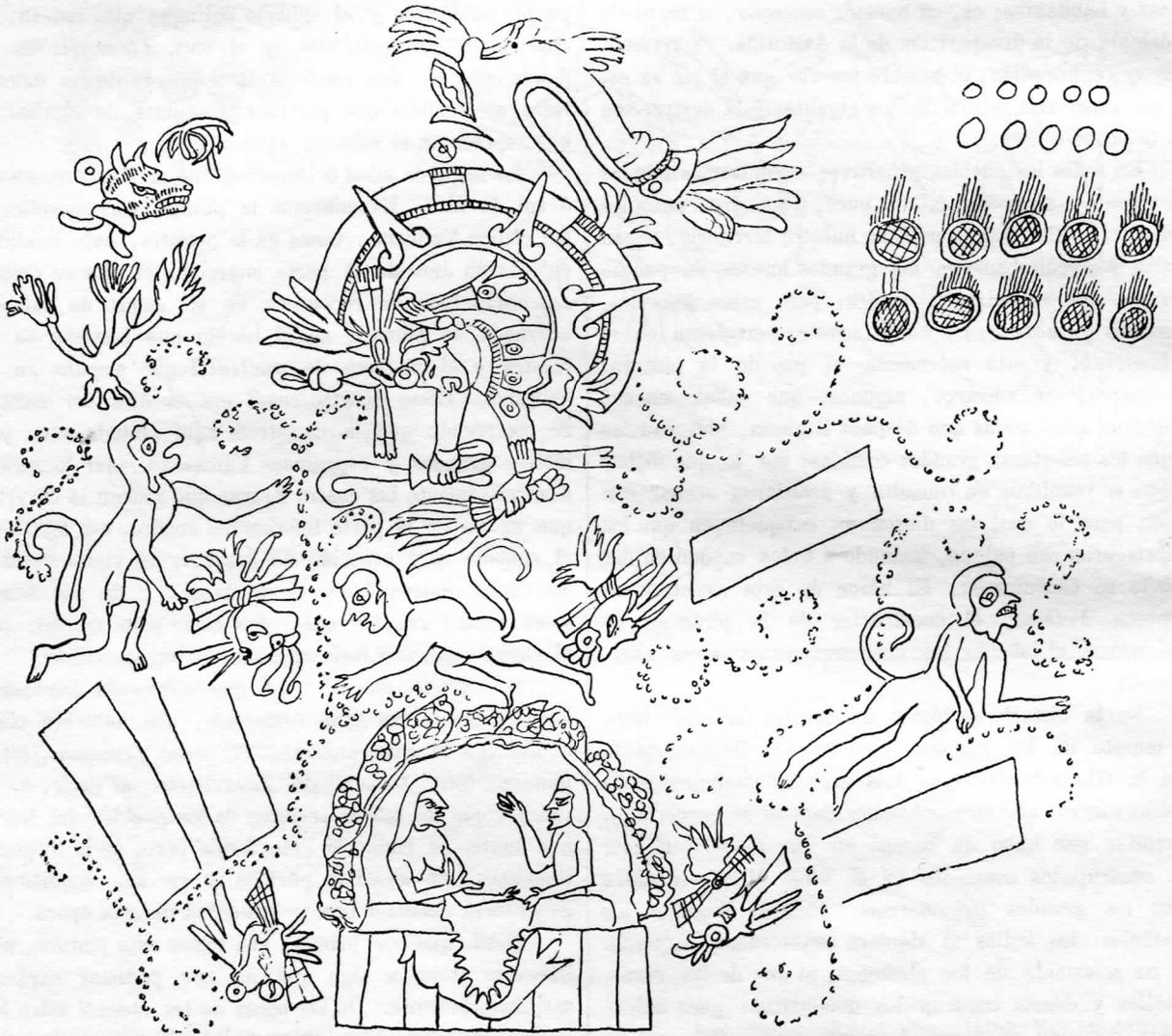
La segunda edad ó catástrofe fué el *Ehecatonatiuh* ó sol de aire. Examinemos la pintura correspondiente del códice Vaticano. Como en la primera, baja también en ésta un dios de la parte superior: el dios es *Quetzalcoatl*, fácil de reconocer en su cauda de culebra adornada de plumas, en el báculo que sostiene en la diestra y el plumero de *quetzalli* que empuña en la siniestra. Como *Quetzalcoatl* era el dios del viento, se comprende que la catástrofe aquí pintada tuvo por motivo grandes y espantosos huracanes. Así lo significan claramente las cuatro figuras que rodean la caverna que se ve en la parte inferior del cuadro; esa figura es el símbolo muy conocido de *chécatl*, el viento; está á las cuatro extremidades de la gruta, y de sus bocas salen cuatro grandes cuadrados como para mostrar que el viento sopló con furia en todas direcciones.

Se resiste uno á creer que solamente huracanes hayan causado tan gran catástrofe, que hubiesen concluido con la raza humana. Si, como pensamos, estas pinturas están tomadas del *Teoamoxtli*, es decir, de la religión que los tolteca trajeron de los pueblos del Norte que fueron su cuna, si esto forma parte de la tregonía tlapalteca, en aquellos pueblos y en sus condiciones geográficas debemos buscar la verdad de esta época.

Desde que por primera vez vimos esta pintura, nos llamó la atención algo que no nos pudimos explicar satisfactoriamente. De las bocas de los *chécatl* salen los cuadrados formados por líneas paralelas que representan sin duda alguna las corrientes de aire: estos cuadrados siguen, como hemos dicho, la dirección de los cuatro lados de la pintura, en lo que fácilmente se comprende la idea de que el viento sopló por todos rumbos y que fué un huracán deshecho. Pero hay además diversas líneas curvas de puntos, que también en todas direcciones figuran caer sobre la tierra. Estas no pueden ser la manifestación de las corrientes de aire, pues los *chécatl* y los cuadrados que, por decirlo así, soplan, son bastantes á dar la significación del huracán. La escritura jeroglífica es y tiene que ser demasiado sencilla; no puede admitir lo que llamaríamos pleonasmos de la figura. Por lo mismo, dichas curvas de puntos

tienen que significar algo diferente. Se observa también que la parte superior de la caverna en que se salva el par representante de la humanidad, muestra unas peñas cubiertas de algo blanco, como si quisiera ser la representación de la nieve; la entrada, que aparece como la boca de una serpiente, manera jeroglífica muy usada de representarla, se ve blanca. Los hombres salvados se ven también blancos, á diferencia de los de la pintura

del *Atonatiuh*, que tienen su color natural. Si agregamos á esto que las curvas amarillas de puntos significan jeroglíficamente las nevadas, creemos que no es aventurado decir que la pintura es un recuerdo de la época glacial. Se conservaba la tradición de que en ese segundo sol ó época la humanidad había sido devorada por los tigres, lo que nos trae á la mente el recuerdo sincrónico de la edad de las cavernas. Llama la aten-



Sol de aire.—Ehecatonatiuh

ción que mientras los *chécatl* están en las cuatro extremidades de la caverna y en la parte inferior de la pintura, como pretendiendo explicar que el huracán soplaba en la tierra, salgan de la parte superior, del mismo dios, del cielo, las curvas de puntos que bajan á rodear la cueva en que se salvan un hombre y una mujer que hablan expresivamente frente el uno del otro.

Tenemos; pues, que siguiendo de manera exactísima la historia de nuestro planeta tal como nos la enseñan los últimos descubrimientos de la ciencia, los nahoas conservaban como recuerdo de la segunda calamidad que

sufrió su raza, la memoria del *Ehecatonatiuh*, es decir, de la edad de las cavernas y de la época glacial, en que la humanidad se destruyó en gran parte en lucha terrible con las fieras y con los elementos.

Así como en el *Atonatiuh* se ven pintados unos peces, ya para dar á entender que la tierra toda se cubrió de agua, ya para significar su creación, de la misma manera en el *Ehecatonatiuh* se observan tres monas, *ozomalli*, una caminando sobre la caverna, y las otras dos saltando una á derecha y otra á izquierda.

También la fábula debía sacar provecho de esta

pintura; y de la misma manera que decían que los hombres de la primera edad se habían convertido en *michi*, pescados, inventaron que en la segunda se tornaron en monas, *ozomatli*. Otra leyenda dice que de los grandes huracanes habían escapado algunos hombres refugiados en cuevas, y que cuando salieron á ver lo que había pasado, hallaron la tierra poblada de monos que había traído el viento. En la tradición mexicana esta catástrofe no había destruído á la humanidad, sino que el viento fué tan impetuoso que derribó los árboles, arruinó los edificios y destruyó las montañas, y á las gentes las transformó en *ozomatli*.

¿Qué quisieron significar los nahoas con las monas?

¿La aparición entonces de los cuadrumanos, ó que los hombres, como ellos, anduvieron por las montañas, y fueron á buscar refugio á las cavernas? No lo sabemos: pero nos llama la atención que *óztotl*, caverna, y *ozomatli*, mona, tengan la misma raíz *oz*.

Sí debemos notar, que así como la destrucción de los gigantes en el primer sol, no puede significar más que la desaparición de los grandes paquidermos que habitaban estas regiones, y cuyos huesos se encuentran en gran abundancia en nuestro país, así la huída de las monas confirma la época glacial, pues animal es éste que busca y habita los países cálidos, y que naturalmente abandonó la tierra en que hizo estragos el *Ehecatonatiuh*.

El señor Orozco creía que las monas podrían relacionarse con la aparición de la raza negra en nuestro territorio: más bien la tendrían con su alejamiento, y esto explicaría cómo, huyendo de los lugares fríos, se encontraron sus restos en los pantanos cálidos de las costas de nuestro continente.

En esta pintura tenemos también signos numéricos que nos marcan la época del acontecimiento: los de la derecha, según opinión general, expresan que el *Ehecatonatiuh* tuvo lugar 4810 años después del *Atonatiuh*, y los símbolos de la izquierda significan que el hecho aconteció el día *ce ocelotl* del mes *Pachtli*. Encontramos junto el manojito de hierbas; pero sus puntas se dirigen hacia abajo: expresa el equinoccio de primavera.

La tercera época ó edad fué el *Tletonatiuh* ó sol de fuego, llamada también *Tlequiahuitl* ó lluvia de fuego. Poniendo atención á la pintura en que se representa, se ve que semeja la forma de una olla ó *comill*. Sus dos lados son dos fajas curvas que en sus cuadros de colores alternados, terroso y amarillo, simbolizan los campos; y en los puntos de estos cuadrados y en las hojas que de ellos brotan; significan que la tierra estaba cultivada y producía frutos. El estar pintada la tierra en figura de olla y de color rojo, da la idea de que se llenó de fuego.

Al lado de la gruta en que se salva el par representante de la humanidad, se ve á derecha é izquierda el símbolo *calli*, casa, unido á la representación figura-

tiva de la hierba ó sembrado. Como los dos lados de la figura principal son dos fajas de campos sembrados, se ha querido significar, que cuando sucedió esta catástrofe, la tierra producía frutos en abundancia; y en las casas y las hierbas de la parte interior se expresa que el fuego destruyó las ciudades y los campos.

Aquí también un dios baja de la parte superior de la pintura: es el dios de los fuegos volcánicos. El círculo de que sale es rojo, y parece figurar un cráter formado por dos circunferencias concéntricas de piedras negras y amarillas. El rostro del dios es terrible y amenazador. En las manos tiene, como lanzándolo sobre la tierra, una especie de estandarte á semejanza del de la *Chalchiuhtlicue*, pero éste se compone de dos hileras de *técpatl*, piedras volcánicas, y una lluvia amarilla de lava y fuego. A la espalda trae un gran *técpatl* rojo, color con que en ninguna otra parte se ve pintado, como expresión del fuego ardiente. Tiene el dios una gran cauda amarilla de fuego en la que se ven los símbolos de los relámpagos y de los truenos, de la misma figura en que están representados en el mango ó asta del estandarte de *Chalchiuhtlicue* en el *Atonatiuh*.

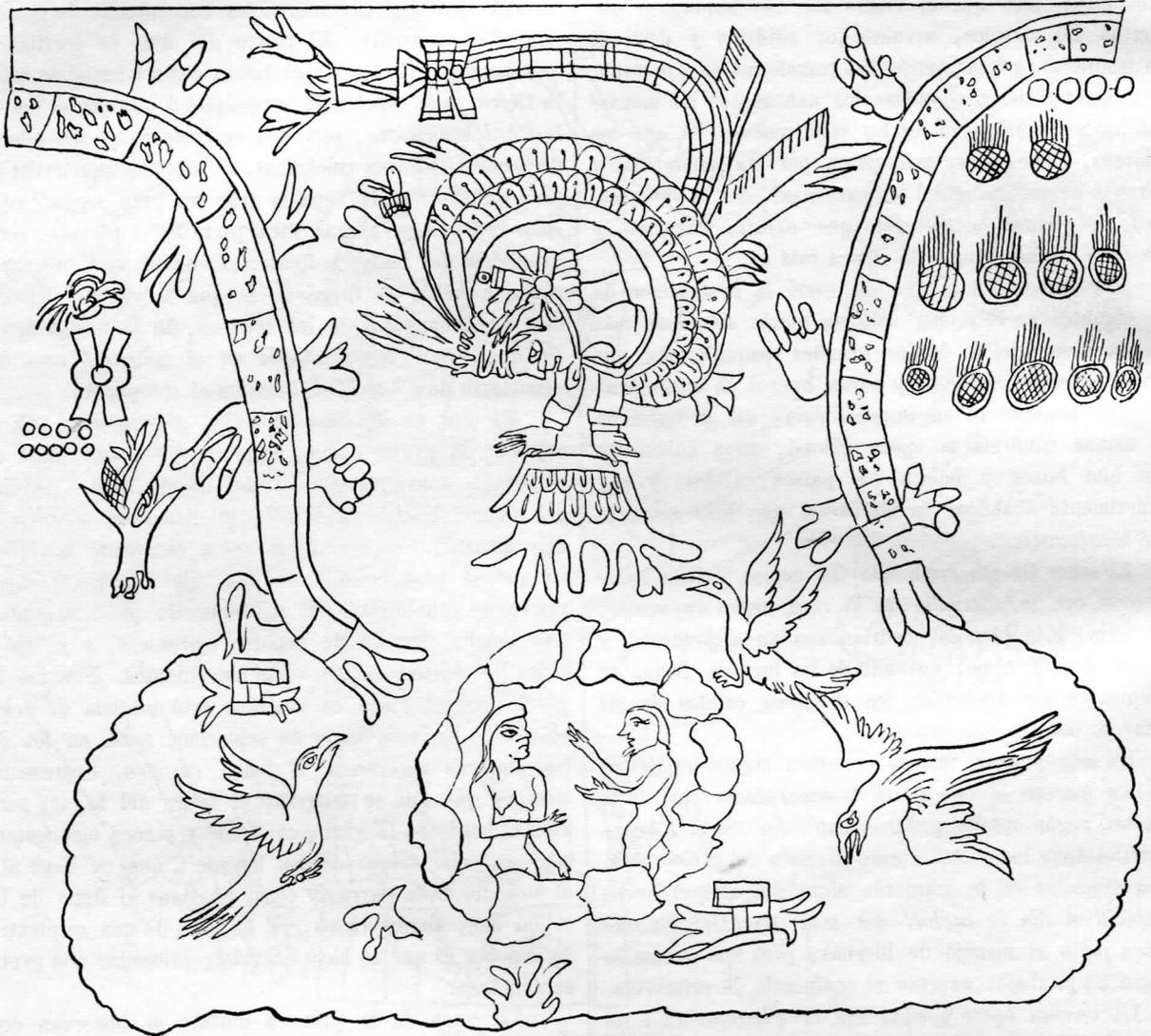
El dios es de color amarillo, y la pareja que se salva en la gruta y que, como de costumbre, está en empeñada conversación, es del mismo color. Al dios del fuego *Xiuhtecuhtliltetl*, le llamaban también el dios amarillo. Representando esta catástrofe la época en que se produjeron la multitud de erupciones cuyos rastros se contemplan por todo nuestro país, la atmósfera estaba cargada de vapores sulfurosos, y el sol y todos los objetos debían verse amarillentos. Por eso la pareja que se salva en la gruta está pintada de color amarillo. En este lugar de salvación, como en los de las pinturas anteriores, el fondo es rojo, expresando siempre que allí se conservó el fuego del hogar; pero aquí el borde de la gruta es verde y parece manifestar, con ese color fresco de los bosque, que no llegó allí el incendio de la tierra; y como no tiene el signo de la salida que, según vimos, es la boca de una serpiente, de suponer es que se haya querido representar una gruta subterránea.

Así como en la primera pintura se observan dos peces, y en la segunda tres monas, en ésta se ven tres aves al rededor de la gruta; de donde vino también la tradición de que los hombres se habían convertido en pájaros. ¿Será que quisieron significar la aparición de las aves? Examinándolas con cuidado, vemos que la que se halla á la derecha de la gruta y la superior de la izquierda vuelan hacia arriba, abriendo los picos como si gritaran, y manifestando en su actitud que huyen espantadas del fuego que cae del cielo é inunda la tierra. Esta idea se confirma con la figura de la tercera ave, que baja muerta, con las alas sin movimiento, con la cabeza hacia el suelo y salida la lengua. Llama verdaderamente la atención la manera clara con que los

antiguos indios sabían describir una gran catástrofe, aun en sus detalles, usando apenas de líneas sencillísimas, de muy corto número de figuras y de unos cuantos colores.

En una de las tradiciones se llama á esta época *Quiatonatiuh* (debe ser *Quiauh-tonatiuh*), que quiere decir solamente sol de lluvia, aun cuando se refiere á lluvia de fuego. Agrega esa tradición que tomó este

sol el nombre del día *nahui quidhuitl* en que cayó una lluvia de fuego, y se propagó el incendio con una lluvia de ceniza; que llovió fuego y arena, por cuya causa se quemó é hirvió la piedra, se formaron peñascos y las rocas coloradas llamadas *tezontli*. Esta tradición del códice tolteca confirma de manera grandiosa la interpretación de la pintura del códice Vaticano: la catástrofe fué producida por las innumerables erupciones volcánicas



Sol de fuego.—Tletonatiuh

que tuvieron lugar en nuestro territorio, y cuyas huellas se encuentran por todas partes donde quiera que se dirija el paso, desde la espléndida cuenca de nuestro Valle de México hasta las grietas inmensas de Atenuique, y desde allí hasta el antiguo hervidero de montañas de Guatemala. ¡Magnífica imagen de las erupciones! la lluvia de fuego, de arena y de cenizas; la piedra que hervía; las corrientes de lava, que, endurecidas por el frío de los siglos, forman por todas partes, y á las puertas de la misma capital, nuestros extensos pedregales; las rocas rojas formadas por el *tezontli*, que

es una lava; todo, todo es una manifestación clara y expresiva de la época de las erupciones; todo confirma como argumento irresistible que los soles de los naohas eran edades cosmogónicas, verdaderas catástrofes para su raza, cuyo recuerdo conservaban grabado de un modo indeleble en la gran biblioteca de la memoria de los pueblos.

En la pintura del *sol de fuego*, como en las anteriores, tenemos también los numerales de los años que duró la tercera edad, que son 4804, según opinión general; habiendo tenido lugar el suceso en el día

*chicumani olin* del mes *Xilomaniliztli*. También vemos la atadura de hierbas en distinto sentido de las anteriores; y aquí expresa el solsticio de verano, época del fuego, de los grandes calores.

Estos soles ó edades, recuerdos de las catástrofes que pesaron sobre la raza nahoa, no fueron tradición que recibieron de otros pueblos, sino memoria de propios sucesos; si bien otras razas, que iguales ó semejantes calamidades habían sufrido, consignaban cataclismos parecidos. Si esas épocas fueron grandes trastornos de la naturaleza que en peligro pusieron la existencia de la humanidad, deben corresponder precisamente á las condiciones geográficas de los pueblos que lo recuerdan, pues catástrofe que tuvo lugar en cierta localidad, bien pudo no sólo no verificarse sino ser imposible en otra. Si, como parecen demostrarlo los adelantos de la ciencia paleontológica, el hombre vivía ya en ambos continentes en la época postterciaria; si es cierto también que aquella fué la época de los grandes paquidermos; y si ya parece indiscutible que en aquellos tiempos se separaron los continentes y las aguas del mar hundieron para siempre una gran porción de tierra, llámesele Atlántida ó como se quiera; lo cierto es que fué lógicamente natural el recuerdo de este suceso, así en nuestro continente como en los pueblos sincrónicos del Viejo Mundo.

La primera catástrofe, dicen las antiguas poesías del país de Gales, fué el desbordamiento de *Llyn Ullion* ó lago de las olas, y la inundación general *Cawdd*, de cuyas resultas todos los hombres se ahogaron á excepción de Dwyfan y Dwyfach, los cuales salváronse en un barco sin aparejos, siendo ellos los pobladores de la isla de Bretaña. Siendo esta isla colindante, digámoslo así, del lugar de la catástrofe, vemos también á un grupo de atlantes salvándose en ella, cuando las olas del Océano hundieron la tierra y separaron las islas británicas del continente.

En las Eddas se cuenta que los hijos de Borr, nieto del primer hombre, dieron muerte á Ymir, padre de los gigantes del hielo, cuyo cuerpo les sirvió para construir la tierra. La sangre que de sus heridas corrió fué tanta, que en ella se ahogó toda la raza de los gigantes, excepto Bergelmir que se salvó en un bajel con su esposa. Así en Escandinavia encontramos el recuerdo de la catástrofe por inundación, y de la época glacial que corresponde á su latitud.

Pero las tradiciones bíblicas, de origen puramente asiático y nacidas en lugares muy lejanos del hundimiento, son diferentes y corresponden á otro suceso: no es el Océano lanzándose con furia sobre la tierra; es un diluvio que cae de las nubes del cielo. Tenemos dos narraciones que no dejan duda sobre el carácter del cataclismo. Dice la primera que siendo Noé de seiscientos años, el diluvio fué sobre la tierra; que entraron Noé, Sem, Jam y Yafet, y la mujer de Noé y las tres mujeres de sus hijos con él en el arca; que aquel día fueron

rotas todas las fuentes del gran abismo y abriéronse las cataratas de los cielos; que prevalecieron las aguas y crecieron grandemente sobre la tierra, y flotaba el arca sobre la superficie de las aguas; que cubrieron todos los altos montes que hay debajo de todos los cielos; y que subieron las aguas sobre la tierra ciento cincuenta días. La segunda dice que Jahvé dijo á Noé: Yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches y caerá toda sustancia que hice de sobre la tierra. É hizo Noé lo que le mandó Jahvé. Y entraron Noé y sus hijos y su mujer y las mujeres de sus hijos en el arca, por causa de las aguas del diluvio. Y Jahvé cerró la puerta del arca. Y sucedió que el séptimo día las aguas del diluvio fueron sobre la tierra. Y hubo lluvias cuarenta días y cuarenta noches. Y fué el diluvio cuarenta días sobre la tierra.

En el antiguo imperio babilónico encontramos la misma tradición. El dios Bel reveló al rey Xisuthros, durante el sueño, que el 15 del mes Baesios sobrevendrían grandes lluvias, y todos los hombres perecerían ahogados. Ordenóle retirar todos los manuscritos, así antiguos como modernos, á la ciudad del sol Sippara, y construir una nave para refugiarse en ella con sus parientes y amigos particulares; debiendo además embarcar víveres y agua, así como también aves y cuadrúpedos. Xisuthros se conformó con esta orden y construyó un buque de nueve mil piés de largo y mil doscientos de ancho, en el que hizo entrar á su mujer y á su hijo, á sus parientes y amigos. Sobrevino el diluvio. Cuando la lluvia cesó, Xisuthros dejó ir algunas aves; pero volvieron á la nave porque no hallaron comida ni sitio donde pararse. A los pocos días dejó ir otras aves que también volvieron á la nave, pero con las patas llenas de barro. Xisuthros dejó ir por tercera vez otras aves. Estas últimas no volvieron; de donde dedujo que la tierra había reaparecido.

Como se ve la tradición es la misma; solamente que aquí el Noé se llama Xisuthros.

En la doctrina de Zoroastres, que vivió siglos antes que Moisés, dice el Bundehesh, que para castigar los crímenes de la raza abominable de los Jarfesters, Taxter y los Yzeds, hicieron llover tanto sobre la tierra, que las aguas la cubrieron hasta la altura de un hombre, pereciendo en consecuencia todos los Jarfesters.

El Zatapatha Bráhmna, poema sanscrito, dice que una mañana llevaron á Manú agua para lavarse, y que del agua se le quedó un pez entre las manos que le dijo: «Sálvame y yo te salvaré.» Pronto llegó á ser un pez enorme, y entonces dijo á Manú: «En el mismo año de mi completo desarrollo vendrá el diluvio; construye luego un barco y adórame; cuando las aguas inunden la tierra métete en el barco y te salvaré.» Manú arrojó el pez al Océano. En el año que había indicado, Manú construyó un barco y adoró al pez; y cuando el diluvio sobrevino se refugió en el barco. Entonces el pez se

acercó nadando á Manú, el cual amarró el cable del barco á las agallas del pez, y por esto logró pasar debajo de la montaña del norte. El pez le dijo: «Te he salvado; ata el barco á un árbol para que el agua no lo arrastre mientras estás en la montaña; y á medida que las aguas descendan bajarás.» Manú descendió con las aguas; y á esto llaman la bajada de Manú. El diluvio arrastró consigo á todas las criaturas, y solamente sobrevivió Manú.

Los lituanos de raza jafética contaban que el dios Pranzimas, al ver la maldad de los hombres, envió á dos gigantes, Wandu y Wejas, el agua y el viento, para destruirlos. Aquí hay por la latitud también un recuerdo de la época glacial.

Los griegos, que derivaban su teogonía del Asia, tenían dos leyendas sobre el diluvio. La primera se refiere á Ogyges, el rey más antiguo del Ática, cuyo nombre se deriva de la voz sanscrita *augha*, que primitivamente significó diluvio. Todo el país fué invadido por las aguas que se elevaron hasta el cielo, salvándose Ogyges en un barco con algunos compañeros. La segunda leyenda es la de Deucalión. Habiendo resuelto Zeus acabar con los hombres de la edad de bronce para castigar sus crímenes, Deucalión, por consejo de su padre Prometeo, construyó una arca en la cual se refugió con su mujer Pirrha. Cuando llegó el diluvio, sobrenadó el arca á merced de las olas durante nueve días y nueve noches, arrojándola luego las aguas á la cumbre del Parnaso.

Como se ve, todas las tradiciones de origen asiático hablan de un diluvio, de una gran catástrofe proveniente de lluvias torrenciales; mientras que la edad cosmogónica del agua en nuestro continente se produce por la invasión de los mares sobre la tierra, por el lago de las olas de los atlantes, por el *Atonatiuh* de los nahoas; y es por lo mismo un acontecimiento diferente del diluvio.

La Teogonía de Hesiodo conserva también el recuerdo de grandes catástrofes. «Antes que todas las cosas, dice el poeta griego, fué Khaos, y después Gaia de ancho seno, mansión siempre sólida de todos los inmortales que habitan las cumbres del nevado Olympos, y el Tartaros sombrío en las profundidades de la tierra espaciosa, y después Eros, el más bello entre los dioses inmortales que rompe las fuerzas, y que de todos los dioses y todos los hombres doma la inteligencia y la sabiduría en su pecho. Y de Khaos nacieron Erebos y la negra Nyx. Y de Nyx nacieron Ether y Hemere, porque ella los concibió habiéndose unido con amor á Erebos. Y entonces Gaia creó su igual en tamaño, el Uranos estrellado, á fin de que la cubriese toda entera y que fuese una mansión segura para los dioses felices. Después produjo las altas montañas, frescos retretes de las divinas ninfas que habitan los montes, y después la mar estéril, Pontos, que salta furiosa, por lo que no se han unido con

amor. Y después unida á Uranos produjo á Okeanos. Y creó también á los Kyklopes de corazón violento, que dieron á Zeus el trueno y forjaron el rayo. Y en todo eran semejantes á los otros dioses; pero tenían un ojo único en medio de la frente. Se llamaban Kyklopes, porque sobre su frente se abría un ojo único y circular. Y el vigor, la fuerza y el poder brillaban en sus obras.»

El anterior relato de Hesiodo nos pone de manifiesto el antropomorfismo de los elementos de la naturaleza; y es evidente que á través de estas fábulas, se descubre el recuerdo de un cataclismo causado por las aguas, y en la creación de los cíclopes la edad del fuego. Esos vigorosos trabajadores que forjan el rayo para Zeus son los volcanes; su corazón violento es el fuego que hierve en sus entrañas; su ojo único y circular el luminoso cráter por donde lanzaban miradas de llamas. Supongámonos por un momento en la época de las grandes erupciones, y finjémonos en una de sus noches oscuras levantados sobre la tierra y contemplándola á nuestros piés: ¿no es verdad que aquellos cráteres desbordando lava, nos parecerían á distancia los rojizos ojos de no sabemos qué monstruos felinos que nos contemplaban por todas partes? Los tlalpalteca, sobre el mismo suceso, crearon su *Tletonatiuh*, la lluvia de fuego que del cielo caía sobre la tierra.

Observaremos que Hesiodo no hace referencia á la edad del aire: el clima benigno de la Grecia no permitía recuerdos de la época glacial. Iguales consideraciones nos dan la consecuencia de que los pueblos que en nuestro continente habitaban latitudes elevadas, debían conservar la memoria de la edad del aire; y así los nahoas que vivieron en el noroeste, región excesivamente fría, no podían olvidar los grandes sufrimientos de la época glacial, y tuvieron tres soles cosmogónicos; mientras que los tarascos del Michoacán, país en su mayor parte cálido, no conocieron más que dos soles, el de agua y el de fuego.

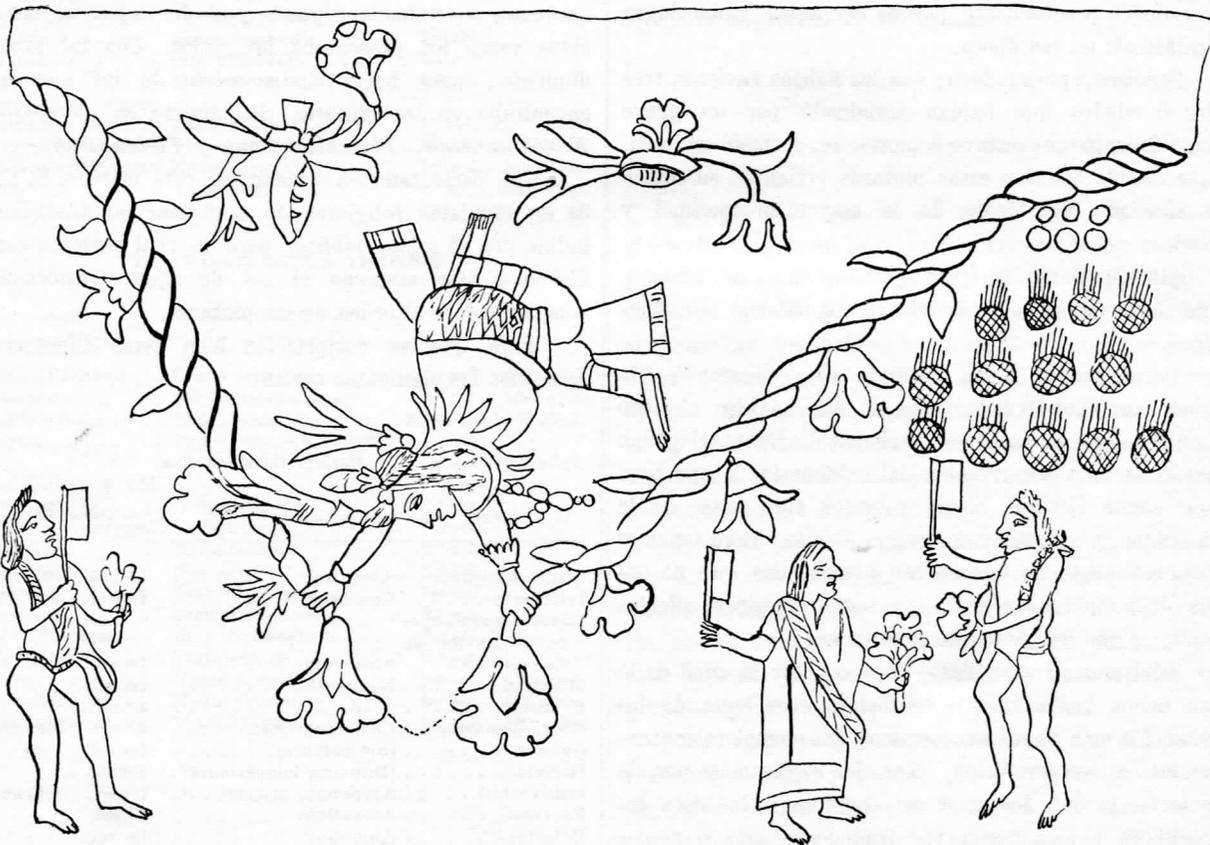
La leyenda tarasca cuenta que hizo Dios un hombre y una mujer de barro, y que yéndose á bañar se deshicieron en el agua; y nos habla de un indio dicho Tespi, que era sacerdote, que se salvó de las aguas en un madero. Deshechos los primeros hombres, Dios volvió á hacerlos de ceniza y de ciertos metales; y volviendo á bañarse descendió el mundo de ellos.

Percíbese perfectamente el *Atonatiuh* en los hombres de barro que se deshacen con el agua. Sin duda en aquella época las aguas que invadieron nuestro continente formaron los extensos lagos de nuestro territorio, y son varios y grandes los del Michoacán, y algunos de sus dilatados llanos muestran ser antiguas lagunas disecadas. La edad del fuego se comprende también en los hombres de ceniza y de metales, de que descendían las generaciones existentes; y es de advertir que son muy notables en aquella región las huellas de la

época del fuego y de las erupciones volcánicas, pues á cada paso se encuentran corrientes de lava endurecidas por los siglos y viejos cráteres ya convertidos en albercas, ojos de cíclopes cegados por la vejez.

Cada uno de estos tres soles significa una gran catástrofe que puso en inmenso peligro la existencia de la humanidad; y naturalmente bajo las mismas ideas se ha explicado la cuarta pintura del códice Vaticano, que representa *Tlaltonatiuh* ó sol de tierra. Pero si se

examina con cuidado dicha pintura, no se ven en ella señales de ninguna catástrofe, sino que, por el contrario, todos sus símbolos y figuras expresan una época de placer, de abundancia y de prosperidad. En el original el fondo es color de rosa; la diosa que baja en el centro no es ni la del agua, que produjo las inundaciones, ni el dios del viento, que barrió el mundo con los huracanes, ni el del fuego, que quemó la tierra con las erupciones volcánicas, sino la diosa *Xochiquetzalli*,



Sol de tierra.—Tlaltonatiuh

madre de las alegrías, que es la misma diosa *Centeotl*, la productora del maíz, la Ceres de los nahoas. Baja la diosa tomando con sus manos dos grandes flores, que forman las extremidades de dos ramas entrelazadas cubiertas de rosas, y que recuerdan los arcos de ramas, de hierbas y flores que usan todavía nuestros indios en sus fiestas. La diosa tiene vistoso *cuéyell* mujeril, adornos de flores al cuello y en la cabeza, de la cual brota una mazorca de maíz. En el fondo del triángulo rosado que forman las ramas entrelazadas se ven brotar en ambos lados hierbas, flores y frutos. En la parte inferior y fuera del triángulo, está pintado, á la izquierda, un hombre con una bandera en la mano derecha, símbolo de festividad, y con un ramo de flores en la izquierda: adorna su cuerpo con ramas y flores. Del otro lado se ve á un hombre con iguales atributos, ofreciendo un ramo de flores á una mujer que tiene también una

bandera en la mano derecha, y sobre el vestido una banda de ramas. En ninguna parte de la pintura se ve señal de desgracias; no se contempla el par representante de la humanidad que se salva de la catástrofe: pudiera decirse que es la imagen de la edad de oro de aquellos pueblos, la pintura de la Arcadia de este continente.

Y sin embargo, como los cronistas tenían la idea de que todo sol significaba una destrucción, así considera la pintura el intérprete del códice Vaticano. Llama á esta época *Etá delli capelli negri*, edad de los cabellos negros, para dar á entender que era la más joven la última: así como llama al sol de agua *Conizotal*, debe ser *Tzoniztac*, cabeza blanca, para significar que era la más vieja la primera. Dice que la destrucción fué por una lluvia de sangre, lo que supuso sin duda por el color de rosa que tiene el fondo de la pintura;

que murieron muchos de terror, pero que escaparon muchos; que en esta edad comenzó la fundación de Tula, y que el hambre y corrupción causaron su ruina, y que este sol duró 5042 años. En la misma pintura están los números que expresan los años transcurridos desde la última calamidad; pero el cronista se equivocó, pues son 5206.

Notemos, además, que si en las otras tres pinturas está marcado el día preciso de cada catástrofe, en ésta sólo lo están los años transcurridos; pero no día determinado precisamente porque no había tenido lugar la catástrofe en esa época.

Podemos, pues, decir, que los nahoas tuvieron tres soles ó edades que habían terminado por un grave acontecimiento que estuvo á punto de destruir su raza; y que cuando hicieron estas pinturas vivían en su cuarto sol ó edad, en medio de la mayor prosperidad y grandeza.

¿Puede fijarse la época probable de esta pintura, y por lo tanto la edad más feliz de los nahoas? Creemos que sí.

Perteneciendo estas pinturas al *Teoamoxtli*, la última corresponde á la fecha en que se hizo el libro sagrado. Éste se formó en la ciudad de Huehuetlapálan cuando se hizo la corrección del calendario, lo que tuvo lugar según Boturini ciento y tantos años antes de la era vulgar, y ochenta y dos según Veytia. Pero tenemos afortunadamente un monumento astronómico que no nos deja duda sobre esa fecha, y según nuestros cálculos resulta el año 249 antes de nuestra era.

Teniendo ya este dato, para conocer la edad de la raza nahoas basta fijar la verdadera cronología de los soles. En este punto encontramos una completa contradicción en los cronistas. Nos la explicamos por la siguiente razón: los unos no tuvieron á la vista los jeroglíficos y se guiaron por tradiciones más ó menos fidedignas, y los otros siguieron las diversas cronologías convencionales.

Desde ahora debemos advertir que los mexicas trastornaron mucho la verdadera cronología de los sucesos, sujetándolos á períodos cronológicos fijos y determinados, lo que creemos que tomaron de los acolhua ó texcucanos á quienes tenemos motivo para achacar esta infeliz innovación. El no haberse fijado hasta hoy los historiadores en esta particularidad, ha sido causa de contradicciones y oscuridades inexplicables. Así Ixtlilxóchitl hace sus períodos de 1716 años.

La confusión aumentó porque ya en la época de los mexicanos había cinco soles, y los que consultaban las pinturas que hemos estudiado, como Ixtlilxóchitl, se encontraban en ellas con un sol menos. Convencidos estamos de que el cronista de Texcuco, al escribir su Historia y Relaciones tuvo á la vista pinturas iguales ó muy semejantes á las del código Vaticano, y en todo caso de origen tolteca, como lo demuestra haber sido

cronista especial del reino de Tóllan. Encontró, pues, en sus datos jeroglíficos tan sólo tres soles pasados y el cuarto como época actual de aquellas generaciones; pero él sabía que en la historia mexicana había cinco soles; se halló con que le faltaba uno, y no pudiéndose explicar esta diferencia, se conformó con dividir el sol de fuego en dos, dejando una parte al mismo fuego y la otra á los terremotos, sin considerar que éstos y las erupciones debieron concurrir en un mismo tiempo. Confundió á su vez esta época con la del sol de aire, que unas veces hacía segundo y al de tierra tercero, y otras veces los presentaba invertidos. Con tal procedimiento, para hacer cuatro soles, de los tres que encontraba en las pinturas, los dividió en *Atonatiuh*, *Ehecatonatiuh*, *Tlalchitonatiuh* y *Tletonatiuh*.

Fué parte también á confundir esta materia la idea de los cronistas religiosos de conformar las tradiciones indias con el relato bíblico, para lo cual pusieron como último y más moderno el sol de agua, trastornando completamente el orden de las pinturas.

Para que se comprendan bien estas diferencias, formamos las siguientes tablas:

#### I. EDAD DEL AGUA

Autor.	Nombre de la edad.	N.º de orden.	Duración.
Código Vaticano. . . . .	Atonatiuh . . . . .	1er sol.	4008 años
Intérprete. . . . .	Conizutal . . . . .	1er sol.	4008 años.
Códex Chimalpopo- ca ó Anales de			
Cuahtitlan. . . . .	Atonatiuh . . . . .	1er sol.	
Motolinía. . . . .	Nahui atl. . . . .	1er sol.	
El mismo. . . . .	Id. . . . .	5.º sol.	
Códex Çumárraga. . . . .	Chalchiuhtlicue. . . . .	4.º sol.	312 años
Gomara. . . . .	(Sin nombre).. . . . .	1er sol.	
Herrera. . . . .	(Diluvio y tempestades). . . . .	1er sol.	
Ixtlilxóchitl. . . . .	Atonatiuh. . . . .	1er sol.	1716 años.
Fábrega. . . . .	Atonatiuh. . . . .	2.º sol.	
Boturini. . . . .	Atonatiuh. . . . .	1er sol.	
Clavigero. . . . .	Atonatiuh. . . . .	1er sol.	
Veytia. . . . .	Atonatiuh. . . . .	1er sol.	1716 años.
Gama (anónimo). . . . .	Nahui atl. . . . .	4.º sol.	
Humboldt. . . . .	Atonatiuh. . . . .	4.º sol.	4008 años.

#### II. EDAD DEL AIRE

Autor.	Nombre de la edad.	N.º de orden.	Duración.
Código Vaticano. . . . .	Ehecatonatiuh . . . . .	2.º sol.	4010 años
Intérprete. . . . .	Ecatocoe y Concuztuque. . . . .	2.º sol.	4010 años.
Ixtlilxóchitl. . . . .	Ehecatonatiuh. . . . .	2.º y 3.º sol	1715 años.
Veytia. . . . .	Ehecatonatiuh. . . . .	2.º sol.	1716 años
Códex Chimalpopo- ca ó Anales de			
Cuahtitlan. . . . .	Nahuiehécatl. . . . .	4.º sol.	
Códex Çumárraga. . . . .	Quetzalcoatl. . . . .	2.º sol.	676 años.
Motolinía. . . . .	Nahuiehécatl. . . . .	4.º sol.	El año 694.
Gomara. . . . .	(Sin nombre).. . . . .	4.º sol.	
Fábrega. . . . .	Ehecatonatiuh . . . . .	3er sol.	
Boturini. . . . .	Ecatonatiuh. . . . .	3er sol.	
Su suplemento. . . . .	Ehecatonatiuh . . . . .	2.º sol.	
Anónimo de Gama. . . . .	Nahuiehécatl. . . . .	2.º sol.	364 años.
Clavigero. . . . .	Ehecatonatiuh. . . . .	3er sol.	
Humboldt. . . . .	Ehecatonatiuh . . . . .	3er sol.	4010 años.

## III. EDAD DEL FUEGO

Autor.	Nombre de la edad.	N.º de orden.	Duración.
Código Vaticano.	Tletonatiuh.	3er sol.	4804 años.
Intérprete.	Tlequiyahuilli y Tzonchichiltuque.	3er sol.	4801 años.
Ixtlilxóchitl.	Tletonatiuh.	4.º sol.	Ep.ª actual
Veytia.	Tletonatiuh.	4.º sol.	Ep.ª actual
Códex Chimalpococa ó Anales de Cuauhtitlan.	Quiatonatiuh.	3er sol.	
Códex Cumárraga.	Tlalocatecuhtli.	3er sol.	364 años.
Motolinía.	Nahuiquiáhuil.	3er sol.	
Gomara.	(Sin nombre).	3er sol.	
Fábrega.	Tletonatiuh.	4.º sol.	
Boturini y suplemento.	Tletonatiuh.	4.º sol.	Ep.ª actual
Clavigero.	Tletonatiuh.	4.º sol.	Ep.ª actual
Anónimo de Gama.	Nahuiquiáhuil.	3er sol.	312 años.
Humboldt.	Tletonatiuh.	2.º sol.	4804 años.

## IV. EDAD DE LA TIERRA

Autor.	Nombre de la edad.	N.º de orden.	Duración.
Código Vaticano.	Época actual.	4.º sol.	5206 años.
Intérprete.	Etá delli capelli negri.	4.º sol.	5042 años.
Ixtlilxóchitl.	Tlalchitonatiuh.	2.º y 3er sol.	158 años.
Veytia.	Tlalchitonatiuh, Tlaltonatiuh.	3er sol.	633 años.
Cuaauhtitlan y Chimalpopoca.	Nahuicélotl.	2.º sol.	
Códex Cumárraga.	Tezcatlipoca.	1er sol.	
Motolinía.	Nahuicélotl.	2.º sol.	
Gomara.	(Sin nombre).	2.º sol.	
Fábrega.	Tlalchitonatiuh.	1er sol.	
Boturini.	Tlalchitonatiuh.	2.º sol.	
Su suplemento.	Id. y Tlaltonatiuh.	3er sol.	
Clavigero.	Tlaltonatiuh.	2.º sol.	
Gama.	Nahui Océlotl.	1er sol.	676 años.
Su anónimo.	Nahui Océlotl.	1er sol.	676 años.
Humboldt.	Tlaltonatiuh.	1er sol.	5206 años.

## V. EDAD ACTUAL

Autor.	Nombre.	Número.
Anales de Cuauhtitlan.	Nahuíllin.	5.º sol.
Motolinía.	Nahui Ácatl.	5.º sol.
Gomara.	(Sin nombre).	5.º sol.
Gama.	Nahui Óllin.	5.º sol.

Si tomamos el documento auténtico, que es el código Vaticano, y seguimos la lectura que á los numerales de las pinturas han dado Humboldt y los señores Ramírez y Orozco, nos resultarán para los cuatro soles 18,028 años. Creemos que la lectura de los numerales no es exacta, porque deben entenderse, no con relación á los períodos cíclicos que usaban los mexicanos, sino tomando en cuenta los primitivos nahoas de las mismas épocas que se representan. Esto produce el siguiente resultado:

Sol de agua.	808 años.
Sol de aire.	810 años.
Sol de fuego.	964 años.
Sol de tierra.	1046 años.

Los cuatro soles . . . 3628 años.

Si consideramos que la fecha del último sol corresponde al año 249 antes de nuestra era, resulta de antigüedad á la raza nahoas 3877 años antes de Jesucristo y 5760 hasta hoy.

Llama la atención cómo se aproxima este período con los verdaderos bíblico, hindú, chino y egipcio. Para nosotros las edades que cada pueblo asigna al mundo son las edades de cada raza; y así resultará que los nahoas son uno de los pueblos más antiguos de la tierra.

A los cuatro soles se referían también los cuatro signos cronográficos de los nahoas:

I.—*Acatl*. II.—*Técpatl*. III.—*Calli*. IV.—*Tochtli*.

Significan respectivamente: caña, pedernal, casa y conejo.

*Acatl*, caña que se da en el agua, se refiere al *Atonatiuh*, y es en la pintura correspondiente el adorno principal de la diosa. *Técpatl*, cuchillo de pedernal, se relaciona con el *Ehecatonatiuh*, y en los jeroglíficos simbolizaban los nahoas los grandes vientos con pedernales. *técpatl*, para significar que el aire cortaba como navaja. *Calli*, casa, representa el *Tletonatiuh*, porque en la casa está el hogar y en él se conserva el fuego. Finalmente *Tochtli*, conejo, es símbolo de la tierra y naturalmente del *Tlatonatiuh*.

Nos dan también estos cuatro signos en su relación con los cuatro soles, las cuatro estaciones, los cuatro puntos cardinales y los cuatro elementos. En los cronistas encontraremos variedad sobre estos puntos; pero esto depende de que en realidad la hubo en las tres grandes épocas, nahoas, tolteca y mexicana.

Así, respecto á las estaciones, nos dan el siguiente resultado nuestras pinturas: *Acatl* representa el Invierno, época de las lluvias en la región del norte en que vivían los nahoas; *Técpatl* la Primavera, estación de los grandes vientos; *Calli* el Verano, en que los calores, no mitigados allí por las lluvias, parecen fuego que cae del cielo, y *Tochtli* el Otoño, tiempo de las cosechas, en que la madre tierra premia los afanes del hombre.

Aplicaron también estos signos á los cuatro puntos cardinales de la siguiente manera:

<i>Acatl</i> .	Oriente, <i>tlapcopcopa</i> .
<i>Técpatl</i> .	Norte, <i>mictlampa</i> .
<i>Calli</i> .	Poniente, <i>chuatlampa</i> .
<i>Tochtli</i> .	Sur, <i>huitzlampa</i> .

Siguiendo las mismas ideas, relacionaron estos signos con los cuatro elementos, tomando siempre por base la significación de los cuatro soles, y aplicaron el *Acatl* al agua, el *Técpatl* al aire, el *Calli* al fuego y el *Tochtli* á la tierra.

Pero llama la atención, como ya se ha indicado, que varía en algunos cronistas el orden de los soles, y naturalmente la diversa aplicación de los cuatro signos. Y no solamente sucede esto en las crónicas, sino que

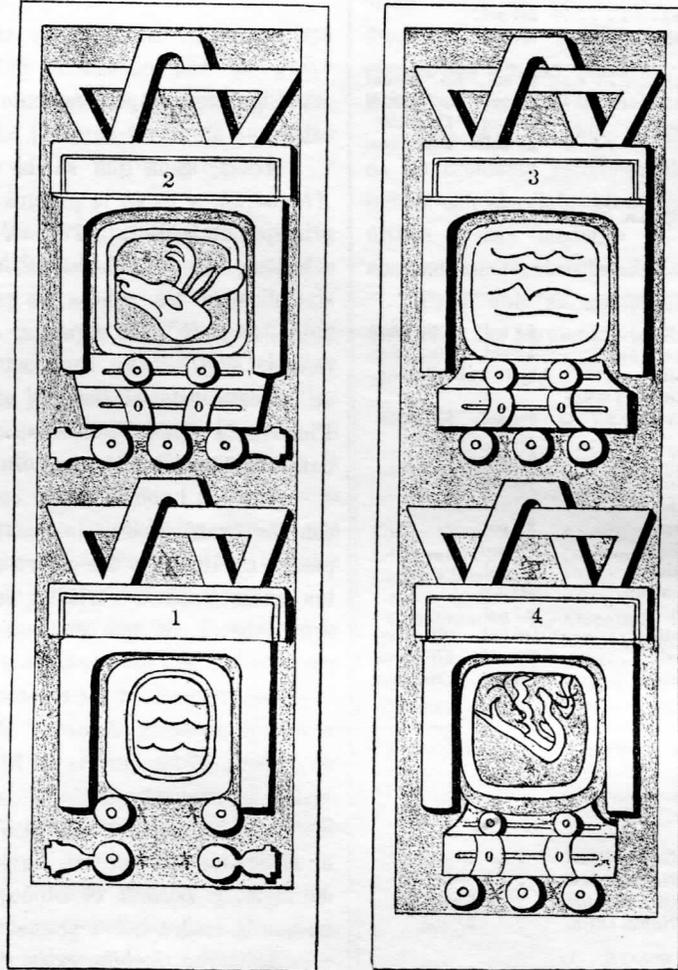
hay monumentos en que esa variación se manifiesta claramente. Tenemos ya conocido el siguiente orden de los

#### SOLES NAHOAS

- 1.º — *Atonatiuh* ó edad del agua.
- 2.º — *Ehecatonatiuh* ó edad del aire.
- 3.º — *Tletonatiuh* ó edad del fuego.
- 4.º — *Tlaltonatiuh* ó edad de la tierra.

Sistema diferente es el esculpido en un monumento que llamamos Monolito de Tenanco, por hallarse en el

cerro del Calvario de ese pueblo. Está la piedra labrada por sus dos caras, la que da al sur y la que mira al norte, y en cada cara tiene dos cuadrados. El monolito mide como dos metros de altura, cincuenta centímetros de ancho y veinte de grueso. Labrado solamente por sus dos caras opuestas, se levanta sobre la tierra á manera de obelisco quedando los dos cuadros inferiores junto al suelo y formando la cúspide los dos superiores. Los adornos, el mayor número de puntos, las dos flores y el estar abierta la parte inferior y no



Monolito de Tenanco

cerrada en líneas como en los otros tres símbolos, dan indicios de que esta piedra debe comenzarse á leer por el cuadro que se marca con el número 1. Este cuadrado está dentro de un símbolo formado por líneas combinadas maestramente y que semejan un templo: los otros tres cuadros están colocados de la misma manera. Las líneas cruzadas de la parte superior de cada uno de los símbolos, son una de las expresiones de los rayos del sol y del sol mismo; de manera que su repetición en los cuatro cuadros pudiera leerse *los cuatro soles*.

El símbolo grabado en el primer cuadro consiste

en tres líneas ondulantes que expresan el agua; y por lo tanto toda la figura representa el *Atonatiuh*. Debe leerse después, naturalmente, el símbolo superior de la misma cara, marcado con el número 2: en el cuadro está esculpido un venado, *máztatl*, animal terrestre, y por lo mismo representación de la tierra: así es que esta segunda figura representa el *Tlaltonatiuh*. Ahora bien, ¿cuál figura de la cara opuesta debe leerse á continuación? Como la número 4 forma la base del monolito y esta base está pegada á la tierra sobre que se levanta, dicha base y dicha tierra rompen la solución de continuidad del monumento y no permiten seguir por

allí la lectura; mientras que la cúspide, que queda al aire y sin obstáculo que se le interponga, abre camino, digámoslo así, para que por ella se continúe leyendo. Seguimos, pues, por la figura superior de la otra cara, la que en sus líneas irregulares y en zigzag, que semejan los relámpagos, representa el sol de fuego, el *Tletonatiuh*. Finalmente, tenemos el cuadro número 4: el símbolo *chécatl* en ella grabado manifiesta claramente que es el *Ehecatonatiuh* ó sol de aire. Esta piedra nos da, pues, el siguiente sistema:

## MONOLITO DE TENANCO

- 1.º sol.—*Atonatiuh* ó edad del agua.  
 2.º sol.—*Tlaltonatiuh* ó edad de la tierra.  
 3.º sol.—*Tletonatiuh* ó edad del fuego.  
 4.º sol.—*Ehecatonatiuh* ó edad del aire.

Para explicar la variación del orden de los soles, tenemos que llamar la atención sobre la mudanza que en el de los cuatro signos hicieron los tolteca, lo que en su oportunidad explicaremos. El orden tolteca es el siguiente:

- I.—*Técpatl*. II.—*Calli*. III.—*Tochtli*. IV.—*Acatl*.

Pues bien, por lo que hace á nuestro intento y para explicar el cambio de sistema en el orden de los soles en el monolito de Tenanco, nos basta la relación de los cuatro signos cronográficos con los mismos soles y con los cuatro puntos cardinales. Al principio debió ser el orden de los soles cosa sagrada, como recuerdo de las épocas cosmogónicas; pero mientras más se fueron alejando éstas, fué disminuyendo su importancia; y al relacionarlos con los cuatro signos cronográficos, cosa presente y de sumo interés para aquellas generaciones, debió dominar el orden de éstos trastornando naturalmente el de los antiguos soles.

Esto pasó al esculpir el monolito de Tenanco. Leámoslo dando á cada sol el nombre del signo cronográfico que con él se relaciona y comencemos en sentido inverso. Tenemos en primer lugar, en el número 4, la edad de aire ó *Técpatl*; sigue el número 3, edad de fuego ó *Calli*; después, pasando por la parte superior de la piedra, el número 2, edad de tierra ó *Tochtli*; y finalmente el número 1, edad de agua ó *Acatl*. Leído así el monumento, nos da en su orden los signos cronográficos toltecas: *técpatl*, *calli*, *tochtli* y *ácatl*; y leído de la manera inversa que seguimos antes, nos da el nuevo sistema de soles: *Atonatiuh*, *Tlalchitonatiuh*, *Tletonatiuh* y *Ehecatonatiuh*.

Como se ve, la base de esta explicación consiste en que los signos cronográficos se leen en sentido inverso de los soles; y como nadie haya hecho mención de este método, tendremos que comprobarlo y confirmarlo con la Piedra del sol.

Este monumento pertenece ya á la época mexicana,

y los mexica á su vez habían mudado el orden de los signos cronográficos: los nahoas los comenzaban por *ácatl*, los tolteca por el segundo ó *técpatl*; y los mexica por el último ó *tochtli*; es decir, que el orden mexica era el siguiente:

- I.—*Tochtli*. II.—*Acatl*. III.—*Técpatl*. IV.—*Calli*.

Pero debemos advertir que el cambio de los efectos de las estaciones en México, respecto de los países del norte en que vivían los nahoas, produjo una aplicación diferente de los signos cronográficos. El invierno, época de los fuertes nortes, quedó representado por *Técpatl*; la primavera, en que aquí son los grandes calores, por *Calli*; el verano ó tiempo de aguas, por *Acatl*, y el otoño por *Tochtli*. Tenemos, pues, que leer la Piedra del sol bajo este nuevo sistema.

Tiene la figura central de la Piedra cuatro cuadretes que le forman dos aspas, y en ellos están esculpidos los cuatro soles. La lectura de esta Piedra comienza por la izquierda: así es que el primer sol está en el cuadrete superior A, el segundo en el inferior B, el tercero, pasando al otro lado, en el superior D, y el cuarto en el inferior C. Pues bien, en el cuadrete A se ve el signo de *Ehécatl* rodeado de cuatro puntos, lo que nos da el sol mexica *Nahui hécatl*, correspondiente al *Ehecatonatiuh*. En el cuadrete B hay un símbolo de la lluvia, *quidhuittl*, y cuatro puntos, ó sea el sol *Nahui quidhuittl*, que corresponde al *Tletonatiuh*. En el cuadrete D tenemos un tigre, *océlotl*, y los cuatro puntos, es decir, el sol *Nahui océlotl*, que es el *Tlaltonatiuh*; y en el cuadrete C vemos el signo *atl*, agua, que con los dichos puntos nos da el sol *Nahui atl* ó *Atonatiuh*.

Pues bien, si leemos primero los cuadretes de la derecha dándoles los nombres correspondientes de los signos cronográficos, nos resulta el sistema mexica: *tochtli*, *ácatl*, *técpatl*, *calli*, y leyendo primero los de la izquierda, tenemos el orden de las estaciones en México y el nuevo sistema de soles. Resultan, pues, los tres siguientes diferentes sistemas de soles:

## SOLES NAHOAS

- 1.º sol.—*Atonatiuh*. 2.º sol.—*Ehecatonatiuh*.  
 3.º sol.—*Tletonatiuh*. 4.º sol.—*Tlaltonatiuh*.

## SOLES TOLTECAS

- 1.º sol.—*Atonatiuh*. 2.º sol.—*Tlaltonatiuh*.  
 3.º sol.—*Tletonatiuh*. 4.º sol.—*Ehecatonatiuh*.

## SOLES MEXICANOS

- 1.º sol.—*Nahui hécatl* ó *Ehecatonatiuh*.  
 2.º sol.—*Nahui quidhuittl* ó *Tletonatiuh*.  
 3.º sol.—*Nahui océlotl* ó *Tlaltonatiuh*.  
 4.º sol.—*Nahui atl* ó *Atonatiuh*.

Ya se comprenderá que habiendo tres diversos sistemas varían los cronistas según el que adoptaban;

confundiéndose no pocas veces al encontrarse con contradicciones que no se explicaban y formando entonces sistemas suyos. Examinando las principales obras encontramos que siguen el sistema nahoa el padre Ríos, Ixtlilxóchitl, Veytia, Boturini y Clavigero. Fábrega lo adopta; nada más que traspuso el sol de tierra, colocándolo como primero. Humboldt sigue á Fábrega. Siguen el sistema tolteca el códice de Cuauhtitlan y Motolinía. El códex Çumárraga, Gama y su Anónimo presentan el nuevo orden siguiente: 1.º sol de tierra; 2.º sol de aire; 3.º sol de fuego, y 4.º sol agua. Se observa desde luego que siguen el sistema mexicano; nada más que comenzaron á leer los cuadretes de la Piedra del sol por el superior de la derecha, en nuestro concepto equivocadamente.

Con los tres primeros soles habían concluído las grandes catástrofes que en peligro de perecer pusieron á la raza, y bajo ese aspecto no era ya posible la conclusión del cuarto sol; pero los mexicanos en su orgullo tenían que inventarlo para poner un quinto nuevo que sólo á ellos les perteneciese. Ellos, que querían tener un dios solo suyo, un pueblo suyo, un lugar señalado por los dioses nada más para ellos, quisieron también un sol propio; y el día en que por primera vez pisaron la isleta del lago en que se asienta México, el día en que encontraron el águila posada sobre el nopal entre dos corrientes de agua azul y transparente, sobre las cabezas de ese grupo de héroes derramaba de lo alto de los cielos su lluvia de luz y de oro el quinto sol.